

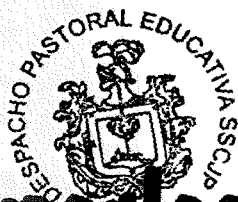


José María de Yermo y Parres

Formarles el corazón

**Cartas
sobre la educación
de los niños**

José María de Yermo y Parres



Formarles el Corazón

**Cartas
sobre la educación
de los niños**



Derechos reservados CCDY
3 Pte. 1512
72000 Puebla, Pue. México.

Segunda Edición
Enero de 2000

Tercera Edición
enero de 2001



Centro de Comunicación y Difusión "Yermo"

3 Pte. 1512 C.P. 72000

Puebla, Pue.

Tel. (012) 246 02 78 Tel. y Fax (012) 232 67 73



Impulsado por un amigo publicó, el Padre Yermo estas cartas en 1884, en el periódico "El Pueblo Católico" de León, Gto. Sabiendo que están destinadas a hacer mucho bien, hoy las publicamos nuevamente en este pequeño libro para ponerlas al alcance de todos los educadores cristianos.

El Padre José María de Yermo y Parres, es un santo sacerdote de nuestro siglo.

Nació el 10 de noviembre de 1851, en la Hacienda de Jalmolonga, que se encuentra en el Estado de México.

Fue ordenado sacerdote en León, Gto. el 24 de agosto de 1879.

Consagró su vida a la evangelización y promoción humana de los más pobres.

El 13 de diciembre de 1885 fundó la Congregación de "Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres"

Después de una vida santa, murió en Puebla, Pue. México el 20 de septiembre de 1904

La Educación Cristiana de los Hijos en el Hogar

La idea es la de dar un manual práctico y sencillo sobre la educación de los hijos en el hogar, evitando teorías que complicarían el trabajo educativo.

El motivo que induce al Padre Yermo a publicar estas cartas es para ayudar a las madres cristianas a educar bien a sus hijos.

León, Guanajuato, enero 28 de 1884

Mi estimada prima:

Un amigo puso en mis manos la obrita del Reverendo Padre Franco de la Compañía de Jesús intitulada «-Direction moral et religieuse de l'enfance et de la jeunesse, conseils pratiques aux parents et aux maîtres-» escrita para una señora que le había rogado la instruyese y le diese algunos consejos para la buena educación cristiana de sus hijos; y yo desde luego que la leí, concebí la idea de formar de ella un extracto para dedicarlo a usted, a fin de que le sirviera para la educación de su pequeño hijo, que por tantas razones me es querido.

Para que usted pueda formarse una idea de la obra citada del Reverendo Padre Franco permítame que le copie un párrafo de su prólogo: «...-Nuestros antepasados nos han legado numerosos tratados sobre la educación de la juventud. Obras clásicas con igual objeto han

**¡Ojalá que
aquello que la
amistad me
proporcionó
produzca
algún bien en
las madres de
familiar!**

sido escritas en nuestra época. Las unas y las otras fueron escritas con muy laudables intenciones, pero dudamos que todos esos libros, o por lo menos la mayor parte, llenen su objeto. Abundan en brillantes teo-

rías y en especulaciones más o menos sabias, pero casi nada práctico contienen. Yo en vista de esto concebí el pensamiento de escribir en un sentido absolutamente opuesto y dejando a un lado las teorías, ofrecer a los padres de familia cristianos un libro corto que encerrase avisos, detalles y observaciones prácticas, propias para conducir directamente el objeto de la educación cristiana. No me ocuparé de los diversos métodos de educación, pues a la filosofía y a la pedagogía abandono este trabajo...-»

Si el Reverendo Padre Franco se propuso escribir un libro práctico, yo en estas cartas a mi vez, me propongo extraer lo más práctico de su obra, y lo que otros como Monseñor Gaume, han escrito sobre el mismo asunto; por consiguiente, si algo bueno contienen, pertenece a Dios, al Reverendo Padre Franco y a los autores que he consultado.-

Si como es natural estas cartas estuvieren, atendida mi pequeñez, llenas de defectos, desde luego los reconozco por mis hijos legítimos, rogando a usted los perdone, teniendo en cuenta la buena intención con que han sido escritas.

Le suplico que en sus oraciones y en las que enseñe a su hijo no se olvide de encomendarme a la Santísima Virgen, mi única y buena madre, para que ella me alcance de Dios la gracia de que en los días que aún me restan de vida sea un sacerdote según el corazón de su divino Hijo, y después de mi muerte, perdonando mis iniquidades, me reciba en el seno de su

misericordia.

Expuesto el motivo que me obligó a emprender este trabajo, ningún día me ha parecido más a propósito para comenzar lo que el presente, en que celebramos la fiesta del dulcísimo nombre de Jesús, del cual el melíflujo Bernardo ha dicho, *«-que es árido todo pasto del alma que no está mezclado con este aceite, e insípido si no está condimentado con esta sal-»*. Manuscritas estas cartas, no había pensado en publicarlas, pero así como un amigo me prestó la obra que sirvió para su fundamento, así también otro amigo me obligó a darlas a luz, haciéndome sospechar que podrían servir de algo a las madres cristianas.

¡Ojalá y que aquello que la amistad me proporcionó para formar mi plan, y que otra mano amiga saca del fondo de mi bufete, produzca algún bien en las madres de familia, esa porción que para mí tiene tantos atractivos en la viña del Señor!-

El mismo que me inspiró la idea de este trabajo, sea el que me ayude a llevarlo a su término y lo haga fructuoso.

Quedo de Ud., afectísimo.

José María de Yermo y Parres.

Importancia de la educación del hijo en el hogar

Es importante la educación cristiana en el hogar, tanto para el niño como para los padres y la sociedad.

Los padres de familia tienen la encomienda y el derecho de escoger la educación para sus hijos, se lo confiere el mismo Dios. En esta tarea educativa tiene gran relieve el testimonio viviente de los padres.

Todo repercute en la sociedad, que puede ser más o menos positiva según la formación que se le dé al niño que es el hombre del futuro.

Los que aspiran cambiar la sociedad, trabajan en el campo educativo de la niñez.

León, Guanajuato, enero 30 de 1884

Mi estimada prima:

Parece necesario principiar por manifestar a usted en cuanto me sea posible, la importancia que tiene la educación para los niños, para los padres de familia y para la sociedad.

Grandiosa es ciertamente la misión que la Providencia confía a los padres de familia dependiendo de ellos en mucha parte las buenas o las malas cualidades que en lo futuro tengan sus hijos. Así como las plantas crecen rectas o torcidas según la dirección que les da el jardinero, así también en una manera muy análoga, los niños reciben la influencia que sus padres les comunican; y si de ellos aprenden el trato social y las buenas maneras, igualmente de ellos también aprenden el arte de pensar, de hablar y de obrar. Necesario es convencerse, pues que la experiencia diariamente nos lo enseña, que si desde niños tiernecitos se les procura elevar sus corazones al cielo, si se les hace aspirar una atmósfera de piedad y si se les dan buenos ejemplos, muy temprano aparecerán las sanas ideas, las buenas costumbres y como una consecuencia legítima, el delicado y excelente corazón. Pero si por el contrario desgraciadamente se abandona a los niños y lo que aun sería más perjudicial, se insinúan en sus tiernas almas, falsas máximas que vayan acompañadas de malos ejemplos; entonces los progresos en la maldad serán prematuros y concluirán por perderse.

Para terminar este primer punto, permítame usted que le haga la siguiente reflexión:

En el plan divino, la vida presente solamente es un preámbulo de la futura, y la buena o la mala dirección que los padres de familia den a sus hijos, hará que estos sean felices o desgraciados en la eternidad.

Pasando al segundo punto que hoy deseo tocar, haré observar a usted, que como la sociedad no es otra cosa que la colección de los individuos que la componen, si éstos son buenos, debe serlo también aquélla: y los padres de familia influyen de un modo muy directo en la marcha de la sociedad, según la buena o mala educación que hayan dado a sus hijos, que son los que más tarde habrán de formarla.

Así como las plantas crecen rectas o torcidas según la dirección que les da el jardinero, así también en una manera muy análoga, los niños reciben la influencia que sus padres les comunican.

Tan evidente es esta verdad, que cuantos aspiran a reformar el mundo, fijan sus miradas en la juventud, convencidos de que si pudiesen hacerse de ella muy en breve serían realizadas sus aspiraciones. Si para los niños y para la sociedad es de tan grande importancia la educación, para los mismos padres de familia no lo es menos; pues que se encuentran en perfecta relación el respeto y cariño de sus hijos con la educación que les hayan dado, y lo que aun es más

serio: las puertas de la patria celestial sólo se les abrirán cuando hayan educado bien a sus hijos, que es uno de sus primeros y capitales deberes.

Que Dios bendiga y haga fructuosas estas pequeñas reflexiones de su afectísimo primo.

José M. de Yermo y Parres.

3

Los primeros años del niño: años de siembra

En la tierna edad hay que echar cimientos sólidos y duraderos. Con el pasar del tiempo se utilizan otros recursos, pero los más importantes son los que forman el corazón desde la tierna infancia.

Es el momento de sembrar en el niño los principios y los valores del evangelio.

Difícilmente se pierde un joven que en su niñez quedó firmemente educado en la fe.

León, Guanajuato, febrero 1º de 1884

Mi estimada prima:

En mi carta anterior me ocupé de manifestar a usted la importancia de la educación, y en la presente es indispensable hacerle notar, que este deber es más fácil de cumplirse para los padres de familia de lo que parece a primera vista. Si es muy grande la responsabilidad que tienen por sus hijos, Dios en cambio les ha dado tantos medios, cuantos les son necesarios para obtener el resultado que de ellos espera.

***En la tierna
edad hay
que echar
cimientos
sólidos y
duraderos.***

Los niños puede decirse que no piensan sino con las facultades de sus padres, que no ven sino con sus ojos, no oyen sino con sus oídos, y no viven sino de su ejemplo; cuando son pequeños creen y aman todo aquello que sus padres también creen y aman; y alaban o desaprueban lo que les ven alabar o desaprobar. Por consiguiente, muy fácil es entonces inculcarles los verdaderos sentimientos de la religión, de la fe, de la piedad y formarlos en las buenas costumbres. Sin ninguna dificultad pueden los padres de familia echar este primer cimiento en la tierna edad de sus hijos, seguros de que será muy sólido y duradero.

Más tarde, cuando ya las pasiones comienzan a despertarse, también tienen los padres mil recursos

para combatir las y dominarlas. Las advertencias, los elogios, las reprensiones, las amenazas y los castigos son medios que muy sencillamente pueden emplearse. Por otra parte, como los hijos se encuentran colocados bajo la dependencia de sus padres, éstos muy bien pueden como usted lo sabe, convertir los juegos, los vestidos, las golosinas, los estudios, las recreaciones y diversiones, o en premio por el buen comportamiento de los niños o en castigo por su mala conducta.

Al avanzar la edad, aun se puede eficazmente llevar a los hijos al bien y alejarlos del mal. ¡Qué raro es que niños y aun jóvenes educados cristianamente desde la cuna se muestren rebeldes! Ordinariamente la autoridad de un buen padre y la dulce ternura de una madre, son de gran peso en cualquier edad. Si sus ruegos no son siempre escuchados, si sus prohibiciones no se cumplen infaliblemente, por lo menos oponen un gran dique al mal.

Si mi anterior carta impresionó a usted por la responsabilidad que como madre tiene, a Dios ruego que la presente le sirva de consuelo al ver la facilidad que el Señor le ha dado para desempeñarla provechosamente.

Por hoy concluyo reservándome para entrar en mayores detalles en mi siguiente carta y repitiéndome como siempre su afectísimo

José M. de Yermo y Parres.

Educación Religiosa y selección de amistades

Si los padres desean tener un lugar en el corazón de sus hijos es preciso que se les infunda la fe, la piedad y el temor de Dios.

Mientras que el hijo permanece en el hogar esta tarea de educación cristiana es fácil, pero una vez que deje el hogar, los padres deben cuidar de seleccionar la escuela, los maestros y las amistades, porque de otro modo pueden perjudicar la niñez o juventud usurpándoles los principios cristianos que se les han sembrado.

León, Guanajuato, febrero 11 de 1884

Mi estimada prima:

«-AB JOVE PRINCIPIUM-» todo debe principiar por la divinidad, decían los paganos, de quienes aseguraba David que no tenían ojos para ver, ni oídos para oír. Y yo al dirigir a usted la presente carta, debo hacerle la siguiente pregunta: si aquellos hombres desgraciados pensaban y hablaban de ese modo, nosotros los cristianos, que por la fe sabemos que todas las cosas dependen de Dios ¿podremos pensar de otra manera y obrar en otro sentido? ¿Los padres de familia cristianos, podrán dejar de comenzar la educación de sus hijos, de esos pedazos de su corazón sin inculcar en sus almas esa religión que por tantos motivos, tan necesaria les es?

Un niño educado sin religión, es más temible que las fieras; pues siendo un ser criado, conservado y sostenido por Dios, no se digna reconocerle, respetarle, ni adorarle. Es un injusto violador de todas las leyes, un despreciador de la majestad infinita y un desgraciado que constantemente se encuentra en contradicción con las tendencias de su corazón; puesto que sin cesar resiste a las inclinaciones que naturalmente le llevan al culto divino poniéndose aun en lucha con todas las demás criaturas, aun las insensibles, que continuamente le invitan a glorificar al Señor. Menos malo fuera para la sociedad, criar tigres y leopardos, que niños irreligiosos.

Las cadenas y los golpes llegan a domar a las

fieras; pero los jóvenes sin religión, rompen todo freno y su furor no conoce límites. Los menores crímenes del irreligioso, son los fraudes y las iniquidades ocultas y de ahí al libertinaje, a las sociedades secretas y las revoluciones, no hay más que un paso.

Ninguna exageración hay en lo dicho, pues la historia moderna en cada página, de un modo claro nos manifiesta, que donde la religión no impera, abundan todas las miserias morales.

La vida presente, como usted bien lo sabe, está tan llena de calamidades y de inevitables desgracias, que las rosas sin espinas son flores que no se cultivan en este mundo, y en todos esos males que nos afligen, sólo la religión es la que puede darnos consuelo, ofreciendo a nuestra esperanza los bienes eternos, la religión es la única que puede aligerarnos los males de esta vida, inspirándonos la resignación y el valor, con el dulce pensamiento de que esos sufrimientos nos enriquecen para el cielo.

***La religión
es la única
que puede
aligerarnos
los males de
esta vida.***

Sin la religión, el hombre permanece desarmado ante los dolores y las penas inseparables en esta triste vida, sin sombra con qué cobijarse, sin apoyo para sostenerse y sin un soplo de viento consolador que le refresque. ¡Desgraciado! está desterrado sin esperanza de volver a su patria;

prisionero, tiene que desesperar para siempre de obtener su libertad y para todos los males que le rodean no ve otro término sino la desesperación y el sepulcro.

Ahora bien, si la falta de religión es un mal tan grande ¿qué grave no será el crimen de los padres de familia, que no asignan a esa misma religión el primer lugar en la educación de sus hijos? Es una negligencia criminal que roba a Dios el lugar que le corresponde, negligencia fatal que causa a la sociedad males incalculables y que para los mismos padres prepara la cruz en que más tarde los colocarán sus hijos; pues sería necesario un milagro para que niños educados sin religión, pudiesen tener las virtudes que tan sólo ella puede inspirar.

Frecuentemente se oyen los lamentos de los padres de familia por la ingratitud, insubordinación y mala conducta de sus hijos; pero ¿quiénes son los que de esto tienen la culpa? Si los padres quieren conservar un lugar en el corazón de su hijo, es indispensable que antes procuren infundir en él la fe, la piedad y el temor de Dios...

Como el asunto de la religión en la educación, es tan grave, me ocuparé de él en alguna de mis siguientes cartas, concluyendo la presente con repetirme de usted afectísimo primo que la estima en Jesucristo.

José M. de Yermo y Parres

El santo temor de Dios en la educación.

El niño debe ser educado en el santo temor de Dios mediante una eficaz catequesis doméstica, inspirando aprecio y estimación por los valores espirituales, haciéndoles amables las verdades de la fe y los principios morales.

Al hablar de Dios hay que ensalzar su bondad y misericordia, y apoyar lo mismo con el testimonio de la propia vida el cual es mil veces más elocuente que la doctrina. Para contrarrestar el ambiente adverso al espíritu religioso hay que rodear a los hijos de objetos que por los sentidos les inspiren sentimientos cristianos.

León, Guanajuato, febrero 12 de 1884

Mi querida prima:

Continuando en el asunto de la religión, creo que el primer medio para hacer que florezca en el corazón del hijo de usted, es inspirándole estimación y amor por ella, presentándosela de tal manera, que le sea venerable al espíritu y dulce al corazón. Fácil será obtenerlo, si usted le habla de ella con un lenguaje digno y la trata con profundo respeto; pero no sólo a la religión en sí misma, sino también a cuanto con ella se relaciona. De este modo es como los niños aprenden a formar sus ideas, arreglando sus sentimientos de conformidad con los de sus padres.

La actitud que corresponde a la religión, es la de una reina majestuosa y amable a la vez, y por esto al hablar de ella con su hijo, procure usted hacerlo con tranquilidad de espíritu, enseñándole esas verdades que lo alejarán del mal y lo establecerán en el santo temor de Dios, que es el principio de la sabiduría.

Si usted pinta en sus conversaciones con su hijo, a la religión con los dulces atractivos de la misericordia celestial, su inteligencia y su corazón jóvenes, recibirán la más saludable impresión; pero aún es más eficaz, que usted ante él procure manifestar el respeto y amor que tiene por esa misma religión, porque el ejemplo mueve y persuade mejor que las palabras.

En los primeros años de la vida, respetamos los objetos que vemos respetar por nuestros padres y menospreciamos los que vemos que son menospreciados por ellos. Incapaces de formarnos un juicio propio sobre el valor intrínseco de las cosas, basamos nuestras ideas en la apreciación que de ella hacen los que suponemos más experimentados e instruidos que nosotros. Si usted se arrodilla ante una imagen para honrarla, su hijo al ver esto, procurará imitarla. Si la ve a usted recogida en la iglesia, desde luego él se pondrá grave, estará atento y recogido, pero todo lo hará a su modo, porque a su edad no es posible obtener en esta materia todo lo que generalmente se quiere; pues que un niño piense y obre como podría hacerlo una persona de edad, no es natural.

De lo dicho, juzgará usted cuánta será la influencia que tengan para las ideas religiosas de la niñez, el lenguaje de sus padres, los sentimientos que expresen, el horror que manifiesten por la impiedad, los actos del culto externo que practiquen, el respeto con que estén en los templos, la estimación que tengan a los sacerdotes y el honor que den a todo lo que se relaciona con la religión. Esta educación doméstica, es la más poderosa lección, puesto que el ejem-

***Los niños
aprenden a formar
sus ideas,
arreglando sus
sentimientos
de conformidad
con los de
sus padres***

plo es mil veces más elocuente que los preceptos.

Por otra parte, siendo tan perjudicial para la piedad y para la religión la atmósfera corrompida de indiferencia que en el mundo actual se aspira, por más que las familias cristianas se pongan en guardia contra ella, difícil es que no penetre hasta su seno. Pero a esta clase de males conviene oponerles contrarios remedios, y puesto que los sentidos frecuentemente concurren para la infección, de ellos mismos hay que servirse para remediar el mal.

El modo más oportuno de obtener este resultado será, rodear a la juventud de objetos que por la vista y por el oído le inspiren los sentimientos cristianos.

Si felizmente puede asegurarse que rarísimas son las casas de nuestra sociedad, donde la religión esté excluída por completo, quizá aun más raras son aquellas en donde la religión no esté por desgracia reducida a otra cosa, que a unas cuantas prácticas de piedad mal entendida y peor ejecutadas. Esas prácticas se concretan por lo general, a algunas oraciones rezadas por rutina y no por devoción, que se omiten frecuentemente por el más insignificante pretexto; y a una misa oída con harta prisa los domingos y días festivos; con esto ya de ordinario se cree bien pagada la deuda que como cristianos tenemos contraída con Dios nuestro Señor.

Mientras que por su parte las ideas, los sentimientos, los gustos y las máximas del mundo, penetran sin cesar, a toda hora del día y con toda la

dulzura de sus seducciones, por la otra, el pensamiento de Dios y las ideas de la fe, apenas encuentran medio de llegar muy de tarde en tarde y con mucha debilidad hasta el corazón de los niños y de los jóvenes.

Procure usted, mi estimada prima, que su hijo puesto que, como lo sé bien, desea educarlo para más allá de este destierro, para la vida y no para la muerte, encuentre siempre en usted un modelo de perfecta cristiandad que reproducir en él, y que todos los objetos que le rodeen estén marcados con el carácter religioso.

Desde ahora hágale usted reflexionar sobre la importancia de la santificación de las fiestas, y en cada solemnidad religiosa, explíquese la usted sensibilizándole el motivo de ella y los misterios que encierra; pero es indispensable que esto lo haga usted con medida, porque de no hacerlo así, se llegaría a enfadar.

Como regla general, nunca le imponga usted por castigo los ejercicios piadosos, pues lo que se lograría con eso, sería inspirarle aversión por ellos. Enséñelo usted a practicar algunos actos piadosos, pero con suma discreción y atrayéndolo a ellos dulcemente con la persuasión y el ejemplo.

Preséntele usted la piedad de manera que le gane el corazón, pues así la religión será para él amable y duradera a la vez; amable, porque un corazón puro, como lo es el del niño, tiene exquisito gusto en los ejercicios piadosos cuando se le ha

enseñado a practicarlos fervorosamente; duradera, porque las impresiones que más penetran en el alma son las que se sembraron en el suelo virgen de la tierna edad, y nada en el resto de la vida es tan dulce como el recuerdo de los años de la inocencia. Años, ¡Ah, por desgracia demasiado cortos!

Al terminar hoy esta carta diré a usted las palabras del sabio:

«Bueno es para el hombre llevar desde joven y desde niño, el yugo del Señor».

De usted como siempre afectísimo primo.

José M. de Yermo y Parres.



6

La formación del corazón

Al instruir a los hijos en la religión, los padres deben simultáneamente dedicarse a formar el corazón del hijo ya que los enemigos pueden echar a perder la buena siembra.

Sin la profesión de la fe verdadera, en la vida no se dan tampoco los valores humanos de la honradez y de las buenas costumbres.

León, Guanajuato, febrero 15 de 1884

Mi estimada prima:

Cuando los padres de familia han cuidado de instruir a sus hijos en la santa religión, aún les queda mucho por hacer para formarles el corazón. Lo que ellos siembran, el común enemigo por medio de las personas que hablan sin miramiento ante los niños, por los libros y periódicos perversos que alguna vez por un punible descuido caen en sus manos, y por otros mil medios procura mezclar la cizaña del error para que nazca juntamente con el buen grano.

En la actualidad todo parece que se conjura contra el bien y por todas partes se trata de debilitar el respeto que se debe a la Iglesia, de quitar las consideraciones al sacerdocio, de engendrar la mala voluntad por las Ordenes Religiosas y de burlar y aun convertir en objeto de irrisión las prácticas de la piedad cristiana. El peligro de la seducción comienza casi con la vida y por esto es indispensable una suma vigilancia por parte de los padres de familia para evitarlo. En el camino del mal lo mismo que en el del bien, no se llega al término sino poco a poco; y la impiedad que algunas veces lamentamos en los hombres de nuestra época, principió probablemente desde su niñez. Quizá los primeros errores fueron sembrados por las conversaciones de algunas personas que frecuentaban sus casas, hablando sin respeto de las cosas santas.

Voy a ocuparme de indicar a usted cuáles son generalmente los primeros errores que se hacen penetrar en el entendimiento de los niños, para en seguida pervertir sus corazones.

El primero es tratar de supersticiosas ciertas prácticas piadosas, como los ejercicios espirituales, las novenas a la Santísima Virgen y a los Santos, las mortificaciones corporales, el uso de los escapularios, de las medallas y de los rosarios benditos, y en una palabra, todas las obras de supererogación. A todo esto se le llama fanatismo o cuando menos un misticismo exagerado. Bien comprendo que por beneficio de Dios, su hijo jamás oirá de la boca de usted expresiones que indiquen el más pequeño desprecio por las cosas santas; pero ¿podrá usted evitar, que lleguen a sus oídos en las calles y aun en las conversaciones de algunas personas, cuyo trato la necesidad social le haga frecuentar? Ciertamente que será difícil, y por esta razón juzgo indispensable que usted procure en los momentos en que lo tenga a su lado, desvirtuar las malas impresiones que lejos de usted adquiera. Referirle algunos ejemplos de los favores y gracias obtenidos de Dios por la intercesión de los Santos y de los peligros de que la Santísima Virgen ha preservado a los que llevan su escapulario o rezan el Rosario, podrá servir mucho; pero más que esto,

***En el camino
del mal lo
mismo que
en el del
bien, no se
llega al
término sino
poco a poco.***

el insinuante ejemplo de veneración y respeto que usted manifiesta por la práctica y devoción de las cosas piadosas.

Al menosprecio de las obras supererogatorias frecuentemente sigue otro desorden aun más fatal, que consiste en el abandono completo de las prácticas religiosas. Este es un segundo error. Hoy hay cristianos que piensan y proclaman en alta voz aun delante de los jóvenes y de los niños, que para nada sirven las prácticas exteriores de la fe como la confesión, la comunión, la asistencia a la misa, la observancia de las leyes eclesiásticas sobre el ayuno, la abstinencia, las lecturas piadosas, etc. Los que de esta manera hablan, viven en efecto conformes en un todo a lo que piensan y dicen, o lo que es lo mismo sin practicar ningún acto religioso, llevan una vida absolutamente animal, creyéndose tontamente cristianos cuando en la realidad, de esto, tan sólo les queda el carácter que recibieron en el bautismo.

Usted bien comprende cuán numerosas son las personas que de esta manera obran y hablan y lo difícil que es que los niños que entre ellos viven dejen de inficionarse con sus malos ejemplos y con sus perversas palabras; pero como felizmente aun hay verdaderos cristianos, fervorosos y celosos en la práctica de la religión, que en medio de los negocios se les

***La honradez
y las buenas
costumbres,
rara vez
existen sin
la religión
verdadera.***

ve frecuentar los templos, recibir los sacramentos y practicar las virtudes, a éstos son los que usted debe presentar como modelos a su hijo para borrarle la mala impresión que los otros le produjeran.

La indiferencia religiosa es la que viene a continuación y con mucha frecuencia se oye decir: que todas las religiones son igualmente buenas; que un hombre honrado no cambia de religión; que con tal que el hombre sea honrado poco importa en lo que crea; que Dios no tiene necesidad de nuestro culto, etc., etc. En realidad los que tal dicen, son semejantes a los otros de que antes me ocupé, y sólo se distinguen en que los primeros no practican, pero aún creen con una fe muerta y estos segundos, ni creen, ni practican nada. Para remediar el mal que las doctrinas de esta clase de gentes pueda producir en los niños, me parece que es indispensable hacerles comprender que la honradez y las buenas costumbres, rara vez existen sin la religión verdadera, que es el único freno que puede contener al hombre.

Con este motivo me permito recomendar a usted la lectura de una obrita que le servirá para impugnar todos estos errores y que se intitula:

«-Respuestas de Monseñor Segur-». ¡Qué bueno fuera, que usted la leyera juntamente con su hijo!

Los consejos que he dado a usted sólo se refieren a las malas doctrinas que su hijo pueda oír fuera de su casa, pues dentro de ella no debe dársele entrada sino a las personas que sean verdaderamente cristianas y hemos llegado al caso de no mantener

amistades sino con quienes piensen y vivan como cristianos, por más que esto estreche el círculo de nuestras relaciones sociales. ¿Un padre o una madre permitirían que uno atacado del cólera o del tifo, penetrase en su casa, para llevar a sus hijos el contagio? Pues el irreligioso y el impío contagian su mal a los que se les acercan y por lo mismo, hay que cerrarles la puerta para preservar a los niños.

Que Dios libre al estimable hijo de usted de los males de nuestra desgraciada época, son los deseos de su afectísimo primo.-

José M. de Yermo y Parres.



Medios para sembrar y cultivar la religión

Los padres de familia deben trabajar en unión con los maestros que en la escuela continúan la educación religiosa de la familia.

La enseñanza religiosa está confiada a la Iglesia a través de los sacerdotes, y aunque en este campo hay cierto descuido, los padres de familia deben acompañar a sus hijos en las instrucciones dominicales, en la frecuencia a los sacramentos, en donde viven y celebran litúrgicamente la fe que profesan. Todo esto es de fundamental importancia para los niños y jóvenes.

León, Guanajuato, febrero 18 de 1884

Mi estimada prima:

En mis precedentes cartas procuré indicar a usted la necesidad de la religión en la educación, así como también los primeros errores de que hay que preservar a los niños, y hoy volviendo a hablar de los medios que deben emplearse para sembrar y cultivar la religión en el corazón del muy estimable hijo de usted, voy a indicarle algunos de suma importancia.

Estoy seguro de que usted, siguiendo mis consejos, pondrá todo empeño en instruir a su hijo en las verdades de nuestra santa religión y en destruir los errores que contra ella propalan los que tienen la desgracia de no tenerla. El excelente maestro, en cuya escuela se enseña a la vez que los primeros elementos de la ciencia, los de la religión, secundará la obra de usted; pero ¿esto será ya bastante? ¿no habrá que hacer alguna otra cosa? Vamos a verlo.

Cuando Jesucristo hablaba a los Apóstoles les dijo: Id y enseñad a todas las gentes, de cuyas palabras se desprende que la enseñanza de la religión fue confiada al sacerdote. Verdad, que, por infelicidad de nuestros tiempos, está muy olvidada o que por lo menos se cree falsamente que tan sólo habla con la gente pobre. Los cánones ordenan a los señores Curas, que todos los domingos prediquen la palabra de Dios, pero nuestras costumbres modernas hacen que los concurrentes a la instrucción religiosa, sólo sean los pobres y algunas que otras señoras, pues

en cuanto a los hombres, la reciben con la lectura de los periódicos impíos y a los niños para que no se enfaden se les manda con los criados a los paseos.

Ahora bien, si Jesucristo dio a los sacerdotes la misión de enseñar la religión y la Iglesia en su legislación ha reglamentado sabiamente su instrucción ¿podrán tranquilamente y con fútiles pretextos los padres de familia cristianos, dejar que sus hijos no concurren a recibirla en los templos?

..los niños se fijan más de lo que parece en lo que sus padres hacen y de esto infiero la necesidad del buen ejemplo.

Con este motivo volveré a repetir a usted lo que ya otras veces le he dicho, que el ejemplo es indispensable en la educación y por lo mismo usted, acompañada de su hijo, debe asistir a las instrucciones dominicales, para que así él se acostumbre a ellas y cuando usted le falte, su recuerdo le sirva de estímulo para no abandonarlas.

Si la instrucción religiosa es tan necesaria para los niños, la frecuencia de los sacramentos es tanto o más importante que aquélla, pues en los sacramentos encuentran el remedio y el preservativo para el pecado, así como también las fuerzas para vencer sus malas inclinaciones. Si los padres de familia quieren que sus hijos sean buenos, es necesario que los hagan frecuentar los santos sacramentos.

En esta materia, lo mismo que en la de la instrucción, sólo las señoras y los pobres son los que los frecuentan, y tan cierto es esto, que yo sé de una encantadora niña de nuestra sociedad que tuvo la dicha de ver comulgar a su papá y al volver éste a su casa abrazándole llena de gozo exclamó: ¡Qué gusto que mi papacito también comulgó, pues yo pensaba que sólo mi mamacita lo hacía!

Lo que acabo de referir a usted indica, que los niños se fijan más de lo que parece en lo que sus padres hacen y de esto infiero la necesidad del buen ejemplo.

Quizá dirán a usted que si su hijo se confiesa y comulga con frecuencia se acostumbrará a ello y ya no lo hará con el respeto debido, y yo creo que usted debería contestar que por lo que hace a la costumbre es lo que usted desea y que en cuanto al respeto, se lo infundirá usted con sus consejos en la preparación y en la acción de gracias para tan grandes actos, y Jesucristo que reprendió a los Apóstoles porque no dejaban acercarse a él a los niños, complementará lo que usted tan sólo puede iniciar.

¡Cuánta desgracia es que los padres de familia cristianos, hayan olvidado sus más caros y sagrados deberes!

Encomendándome a las oraciones de usted quedo siempre afectísimo primo.

José M. de Yermo y Parres.

EN FAMILIA

GOZAR EN FAMILIA
SUFRIR EN FAMILIA
ORAR EN FAMILIA
UNIDOS SIEMPRE ASI.

*Es grande ciertamente,
la misión que Dios confía
a los padres de familia
en los hijos que les da.
Ellos son jardineros
cultivando el corazón
enderezando su
senda hacia el amor.*

GOZAR EN FAMILIA

*Si en el hogar se aspira
una atmósfera de fe
sanas son las ideas
grande es el corazón.*

*La autoridad de un buen padre,
la ternura de una madre,
son principio, son cimiento,
de una sana sociedad.*

GOZAR EN FAMILIA

*Pongamos a Dios al centro
de nuestra vida de hogar
y luchemos porque reine
el amor y la unidad.
Compartir y dar la mano
sin olvidarnos jamás
que las rosas sin espinas
no se dan.*

GOZAR EN FAMILIA

(tema musical de Ecos de Luz
basado en la temática de este folleto)

Impreso en México

Primera Edición: septiembre, 1996

1000 ejemplares

Segunda Edición enero de 2000

5000 ejemplares

Tercera Edición, enero de 2001

10000 ejemplares

Se terminó de imprimir esta tercera edición

el 31 de enero de 2001

en los talleres de Editorial Color S.A. de C.V.

Naranja 96 Bis, México, D.F.